

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera Lectura: Is 55, 10-11

Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo vuelven allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, para que dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo.

Salmo Responsorial: Sal 64, 10-14

R. La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.

Tú cuidas la tierra y la riegas, la colmas de abundancia;
las acequias de Dios van llenas de agua,
y así preparas sus trigales:
empapas los surcos, allanas sus terrones,
esponjas la tierra con lluvias, bendices sus semillas.
Tú coronas el año con tus bienes,
de tus surcos mana la abundancia;
rezuman los pastos del desierto,
los collados se llenan de alegría;
las campiñas se cuajan de rebaños,
los valles se cubren de mieses que vitorean y cantan.

R. La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.

Segunda Lectura: Rom 8, 18-23

Entiendo, por lo demás, que los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará. Porque la creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso, no por propia voluntad, sino por aquel que así lo dispuso, la creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo.

Evangelio: Mt 13, 1-23

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Se reunió en torno a él mucha gente, tanta que subió a una barca y se sentó, mientras la gente estaba de pie en la orilla. Y les expuso muchas cosas por medio de parábolas. Decía:

-Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino, pero vinieron las aves y se la comieron. Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó en seguida porque la tierra era poco profunda, pero cuando salió el sol se agostó y se secó porque no tenía raíz. Parte cayó entre cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. Finalmente otra parte cayó en tierra buena y dio fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta. El que tenga oídos para oír, que oiga. Los discípulos se acercaron y le preguntaron:
-¿Por qué les hablas por medio de parábolas?

Jesús les respondió:

-A vosotros Dios os ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no. Porque al que tiene se le dará, y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. Por eso les hablo por medio de parábolas, porque aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni entienden. De esta manera se cumple en ellos lo anunciado por Isaías:

Oiréis, pero no entenderéis; miraréis, pero no veréis, porque se ha embotado, el corazón de este pueblo se han vuelto torpes sus oídos, y se han cerrado sus ojos; de modo que sus ojos no ven, sus oídos no oyen, su corazón no entiende, y no se convierten a mí para que yo los sane. Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos; porque os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Así pues, escuchad vosotros lo que significa la parábola del sembrador. Hay quien oye el mensaje del reino, pero no lo entiende; viene el maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón. Éste es como la semilla que cayó al borde del camino. La semilla que cayó en terreno pedregoso es como el que oye el mensaje y lo recibe en seguida con alegría, pero no tiene raíz en sí mismo, es inconstante y, al llegar la tribulación o la persecución a causa del mensaje, en seguida sucumbe. La semilla que cayó entre cardos es como el que oye el mensaje, pero las preocupaciones del mundo y la seducción del dinero asfixian el mensaje y queda sin fruto. En fin, la semilla que cayó en tierra buena es como el que oye el mensaje y lo entiende; éste da fruto, sea ciento, sesenta o treinta.



Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1.-Situación

Casi nunca nos decidimos a cumplir con nuestra misión porque no creemos en ella, porque nos parece inútil. Si somos realistas, solo creemos en lo que controlamos. Y Si somos idealistas, en nuestras ilusiones.

La misión cristiana en el mundo es eficaz, nos lo dice la Palabra de Dios; pero al modo de Dios. Paradoja extrema: Hay algo que tenga mayor garantía de eficacia que lo que viene de Dios, el Creador omnipotente? Hay algo más fragil que un Dios de amor, decidido a no imponer su Reino?

2.-Contemplación

El Reino ha venido con Jesus y sigue viniendo con los que continúan su misión, nosotros. Pero, cómo actúa?, por qué no se impone con su resplandor divino?

La respuesta está en el Evangelio de hoy: Cuando el corazón está embotado, se puede mirar con los ojos sin ver, u oír con los oídos sin entender.

Para el que ha acogido la semilla de la Palabra siendo tierra buena, la eficacia del Reino le desborda, de tal modo que tiene más y más. Al que es tierra pedregosa o con zarzas, se le quitará hasta lo que tiene.

No caigamos en la trampa de situarnos fuera de esta cuestión, racionalizando: cómo se compagina la Gracia y la libertad, o por qué Dios elige a unos cuantos y les da ojos y oídos para ver y oír lo que tantos profetas y justos quisieron ver y oír. La cuestión está en mi corazón, ahora mismo, en mi disposición a acoger la Palabra y en la fe que pongo en la misión que el Señor me ha encomendado de sembrar su semilla en el mundo.

Si creo, comprobaré que es verdad: el Reino actúa como la lluvia que baja del cielo, empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar (primera lectura).

3.-Reflexión

Solo el que cree en la misión que se le ha encomendado está dispuesto a sembrar y esperar a que la semilla, con el tiempo, germine, crezca y dé fruto.

Solo el que cree en su misión, sabe respetar la libertad, cuenta con el misterio del corazón humano y sabe de antemano que no puede dar fruto siempre, pues hay demasiados intereses que dificultan la acción liberadora del Reino.

Solo el que cree en su misión, no se escandaliza de que Dios realice su Reino gratuitamente, pues él mismo sabe que no ha dependido de él la dicha que tiene ahora de ver y oír.

Solo el que cree en su misión se lanza a realizarla, y deja de lado las preguntas y miedos que le retrasan.

4.-Praxis

Piensa en alguna misión concreta que, en cuanto cristiano/a, estás cumpliendo, y verifica las leyes de eficacia, tan especiales, con que Jesus describe en el Evangelio de hoy la acción del Reino.

Puede ser: la educación de tus hijos; la atención a un enfermo; la responsabilidad de una asociación; la catequesis parroquial; tu despacho u oficina...

Allí donde no está en juego solo la organización material de una tarea, lo técnico, sino la persona humana, su relaciones, los valores morales y el sentido de la existencia humana, ahí hace falta la sabiduría del sembrador que cree en lo que hace, siembra y confía. Tiene que hacerlo lo mejor que pueda; pero ha de subordinar las ganas de la eficacia inmediata al misterio incontrolable de la libertad del hombre y de la gracia de Dios.

Por qué te desanimas con frecuencia, sino porque no estás hecho al estilo de la eficacia evangélica? Quieres conseguir, pero el Reino quiere libertad. Quieres tener frutos, pero el Reino quiere transformación radical del corazón y de la sociedad.

Vuelve a sembrar tu semilla esta semana con una fe nueva, más evangélica, en la misión que tienes.

TEXTO DE FRANCISCO: Práctica de la vida cristiana

Y sobre todos ellos y ellas, mientras hagan tales cosas y perseveren hasta el fin, descansará el espíritu del Señor (Is 11,2) y hará en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23). ⁴⁹Y serán hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras hacen. ⁵⁰Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50). ⁵¹Somos esposos cuando, por el Espíritu Santo, el alma fiel se une a Jesucristo. ⁵²Somos ciertamente hermanos cuando hacemos la voluntad de su Padre, que está en el cielo (cf. Mt 12,50); ⁵³madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20), por el amor y por una conciencia pura y sincera; y lo damos a luz por medio de obras santas, que deben iluminar a los otros como ejemplo (cf. Mt 5,16).